

# Dar vida

Enma Ai

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre*

—¡No, por favor! ¡No! —La chica lloraba sobre él, mientras la sangre se extendía por las tablas de madera del piso.

Las manos delgadas presionaban la herida en el pecho del hombre. El líquido escarlata comenzó a manchar la tela blanca de las mangas del vestido de la mujer, a la par que las lágrimas diluían el rojo al caer. La desesperación llegó ante el continuo río de sangre que se filtraba por cada ranura y se impregnaba en todo.

Él acarició con lo último de su fuerza el rostro de su amada; sabía cuál era su suerte. La visión empañada y el ruido que se apagaba lentamente lo anunciaban; él había convivido con la muerte por mucho tiempo como para no saber reconocerla, mas la mujer frente a él no, o eso creía. Ella se puso en pie con un salto, fuera de sí, llamándolo, rogándole, a la vez que rebuscaba entre los baúles de la casa, los estantes y los rincones.

—¡Te voy a salvar, Uthred! ¡Resiste! —pedía la mujer entre llantos.

Las flechas lo habían atravesado: moriría. La guerra de la región lo había hecho marchar al frente por órdenes de las autoridades, dejando a su esposa en aquella cabaña alejada del pueblo, en medio del bosque. No sabía cómo había llegado allí tras haber sido herido en la guerra, pero sabía que estaba en casa y, de alguna forma, su esposa lo había encontrado.

Más que la muerte, a Uthred le dolía ver a Althea en aquel estado, cubierta en su sangre, tirando cosas al piso, rompiendo platos, desordenando todos los gabinetes de la cocina y arrancando hojas y flores de todas sus macetas. Antes de perder la consciencia por completo, la vio inclinarse sobre él, de nuevo, con un pesado libro en las manos recubierto de símbolos que le habían enseñado en el ejército como las marcas de alguien que merecía la muerte. La voz de Althea recitando palabras obscuras fue lo último que Uthred escuchó.

Con las manos cubiertas de sangre, la mujer presionaba las hojas de laurel y romero, rogando a todos sus dioses por el favor de la vida. Conocía una innumerable cantidad de fórmulas, cada una más obscura que la anterior, pero a Althea no le importaba el costo, si eso implicaba que el hombre al que amaba regresaría a ella. Comenzó con las básicas: palabras sueltas y hierbas, sin resultado. Con cada uno de los encantamientos que no funcionaba, la desesperación de la joven crecía y con ésta, de los hilillos de sangre, nacieron flores.

La mujer salió al pequeño establo que tenía, degolló a las gallinas, luego a las ovejas, finalmente al caballo; sin embargo, Uthred no regresó. En cambio, la madera del suelo sacó raíces y ramas, así como el pescado en la cubeta con agua salada comenzó a aletear. Althea gritó, pintando símbolos con su propia sangre, sobre Uthred, entre las ramas, sobre las flores que habían salido de las semillas antes secas de mostaza.

Otro hechizo, tras otro, tras otro. La luna se mostró toda en lo alto del cielo, alumbrando un claro de bosque florecido a mediados de invierno. La luz blanca se coló al interior de la vivienda creada a partir de árboles con las paredes cubiertas de retoños, llena del susurrar de grillos, a la par que de la tierra salían animales pequeños y se alejaban. A pesar de la vida, del esfuerzo incansable, de todos los sacrificios que habían resucitado, la mujer lloraba sobre lo único muerto que aún quedaba en aquel espacio; lo que de verdad quería de vuelta, aun cuando implicase el uso de magia corrupta.

—¿¡POR QUÉ!?! —gritaba—. ¿¡Por qué, dioses, no me lo devolvieron!?

Althea cubrió su rostro con las manos entintadas de escarlata. Las cintas de sus pulseras eran ahora raíces, así como sus mangas eran flores. Del rojo de sus labios habían caído cochinillas, sus faldas estaban enraizadas en la tierra, mas la sangre en sus manos estaba fría, como su corazón.